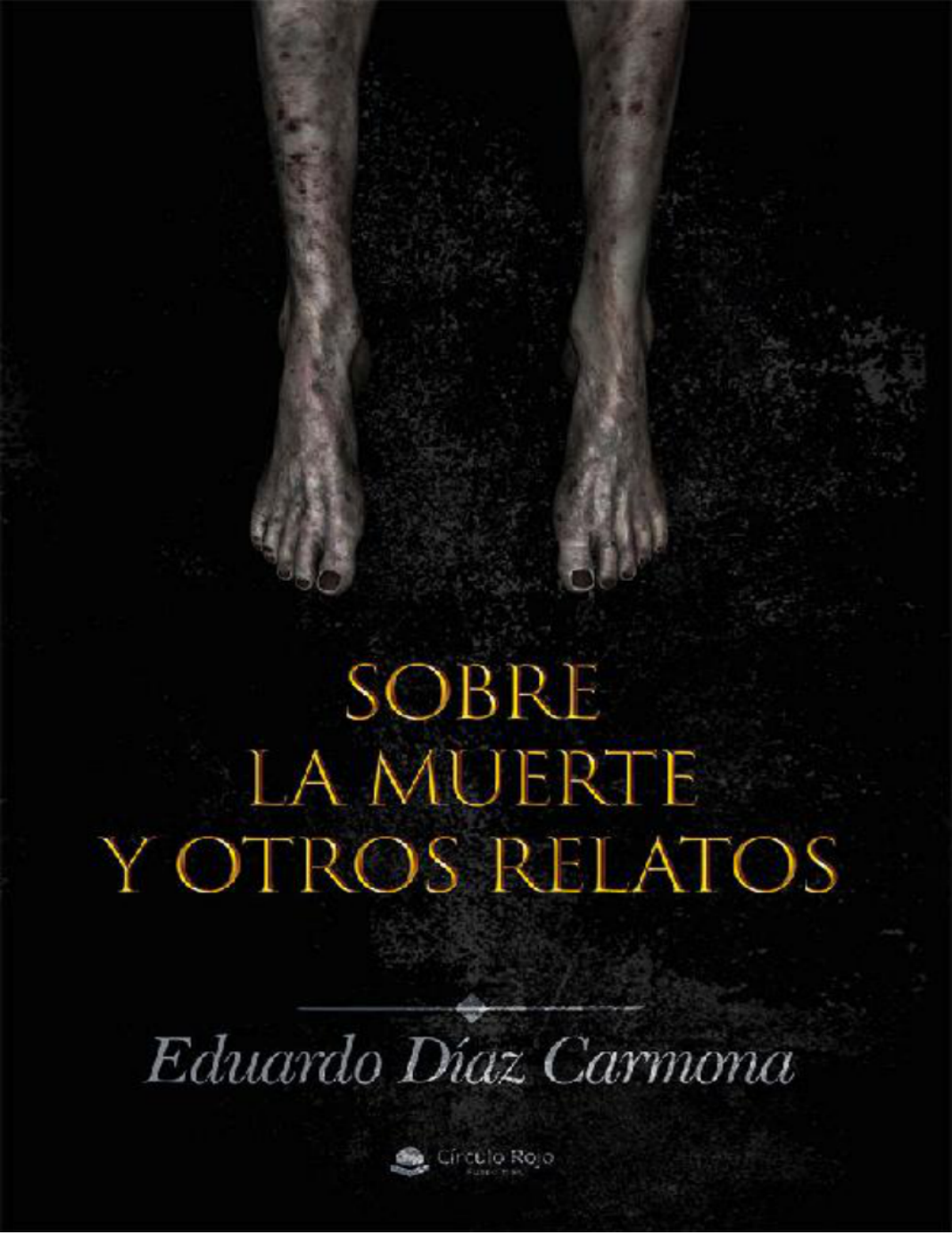
SOBRE
LA MUERTE
Y OTROS RELATOS
Eduardo Díaz Carmona
Círculo Rojo

Sobre la muerte y otros relatos

Eduardo Díaz Carmona

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-1111-577-3

© Del texto: Eduardo Díaz Carmona
© Prólogo: Óscar Fábrega
© Corrección ortotipográfica y de estilo: Alegría Ortega Vargas
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mi padre,
quien nunca quiso hablar de la muerte.

“Mi pobre Musa, ¿ah! ¿Qué tienes, pues, esta mañana?
Tus ojos vacíos están colmados de visiones nocturnas,
Y veo una y otra vez reflejados sobre tu tez
La locura y el horror, fríos y taciturnos.”

Charles Baudelaire (1821-1867)

PRÓLOGO

En cierta ocasión, Paul Auster, uno de los maestros más influyentes e interesantes de las letras contemporáneas, dijo: «Los escritores somos seres heridos. Por eso creamos otra realidad». O quizás lo escribió. Sí, seguramente lo escribió. No sé con qué intención lo hizo, pero siempre me ha gustado pensar que era el reflejo de una profunda actividad introspectiva. «Escribo porque tengo que hacerlo, porque solo así se cura la herida»... O quizás quería decir que escribía porque no tenía más remedio, porque es lo único que podía hacer para soportar su realidad: crear otra realidad.

Crear otra realidad, sí. Pero cada escritor crea su propia realidad, la que quiere, o la que puede, la que brota desde lo más profundo de su mente, de su dolor, de su nausea, de su herida; o de su felicidad, su alegría y su esperanza. Estos últimos, afortunados, crean mundos idílicos de gente feliz, donde el amor y la superación campan a sus anchas, donde la vida tiene sentido y los vampiros brillan con la luz del sol. Otros prefieren transcribir la realidad y construyen historias asépticas basadas en hechos reales. Y otros se dejan seducir por el lado oscuro y abren la puerta a lo inquietante, a los miedos, al terror, a los aspectos más oscuros e insondables del alma humana —sea esto lo que sea—. Este es el caso de Eduardo Díaz Carmona, el autor de este pequeño gran volumen de relatos.

Y es que, volviendo con Auster, tras leer esta antología, me vino a la cabeza aquello que comentó el de New Jersey. Eduardo, como bien deja claro, escribe porque no puede evitarlo, porque le brota, porque le supura todo lo que escribe.

Por supuesto, no es mi intención hacer el más mínimo spoiler —podía haber usado el verbo «destripar», como me sugiere el corrector de Word, pero igual iba a ser demasiado explícito—, pero sí que me

gustaría ofrecerles, desde la falsa modestia de un prologuista, algunas ideas sobre lo que van a leer en este libro.

Todos y cada uno de estos relatos muestran diferentes aspectos de esa generalización precipitada que llamamos «ser humano». Unos giran sobre los aspectos más turbios y siniestros de la conducta humana, sobre lo que somos capaces de hacer cuando nos dejamos arrastrar por las pasiones y el egoísmo y cerramos la puerta a la razón y a la justicia. Otros versan sobre el alto precio que se suele pagar por la coherencia y la honestidad, o sobre la vida gris, anodina y sin aristas que muchos de nosotros, pecadores, vivimos y sobrevivimos sin ni siquiera tomar conciencia de ello. Y aunque la muerte está presente en prácticamente todos los relatos —y la sangre, y el dolor, y el hastío existencial—, es quizás el único leit motiv verdadero de esta obra, en la que Eduardo demuestra una y otra vez su habilidad para navegar entre géneros y estilos literarios diversos.

Por otro lado, alguien dijo alguna vez que una buena película es aquella que no quieres que termine cuando se ve por primera vez, y que esperas que termine de otra manera cuando se vuelve a ver. Eso pasa con casi todos los relatos de esta brillante antología. Tienen vida propia. Tanto los relatos como los vivos —o muertos— personajes que por ellos deambulan. Quieres saber más y en algunos casos hasta da rabia que no sea así, y te acuerdas del autor y le reprochas, en silencio —o no—, que no se haya extendido un poco más…

Pero hay algo más. A lo largo de estas escasas pero contundentes páginas, a lo largo de estos perturbadores cuentos para almas heridas, aparece algo que, transversalmente, impregna cada una de estas historias; algo que el autor hace suyo, pero que otros grandes de este género ya lo hicieron antes, especialmente los dos grandes maestros: Poe y Lovecraft —me atrevería, incluso, a incluir aquí a Kafka—. Me refiero a un concepto genial que desarrolló con pasión uno de los mejores filósofos alemanes del romanticismo —perdón, querido Nietzsche—, el simpar Friedrich Schelling. Se trata de lo que denominó *unheimlich,* que se podría traducir como «extrañeza inquietante» y que este idealista pensador definió como «lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado». Lo ocultado, lo escondido, lo que reina en la dimensión desconocida, que, de vez en cuando, se muestra, provocando desasosiego, confusión y pavor. Pero ese espanto atávico no se muestra en lo excepcional, sino en lo cotidiano, de ahí la contundencia con la que golpea la mente de los lectores, de ahí que los protagonistas de Poe, Lovecraft, Kafka y Eduardo sean, generalmente, personas corrientes y mundanas que se enfrentan, casi siempre sin venir a cuento, con la aparición, con la manifestación, de algo anormal dentro la cotidiana normalidad. Son víctimas —o cómplices— del *unheimlich.* Que viene a ser lo mismo que

decir que son víctima de lo que realmente son.

Como podrán comprobar, en cuanto este prologuista pedante y cansino termine y les deje por fin leer este libro que tienen entre sus manos, los personajes que deambulan por estas páginas, en mayor o menor medida, se ven arrastrados sin compasión por el dichoso *unheimlich*.

Y ya, sin más, le dejo con la habilidosa pluma de Eduardo Díaz Carmona y con esta brillante antología de relatos *stranger than fiction,* como dicen los yanquis. Eso sí, han de saber que están a punto de abrir una puerta que les puede llevar a lugares nada reconfortantes de la conducta humana. Espero que la «extrañeza inquietante» no pueda con ustedes…

PARTE I

Solo

Cincuenta y tres personas comían en el lugar ese día. Yo miraba a la calle a través de un gran espejo que había en la pared sur del local. Comía solo ese día, como siempre digo, gracias a Dios. Comía solo rodeado de gente que después vi regada por el suelo sangrante y desesperada, quemada e inanimada.

Tres años después, solo queda la sordera del lado izquierdo y alguna que otra cicatriz que poco me importa, pero el recuerdo de aquel 10 de octubre, es tal vez imposible de alejar, imposible de ignorar cada vez que me veo solo, comiendo rodeado de gente en un lugar cualquiera de Barcelona.

No he querido dejar de vivir aquí, aun cuando lo pueda. Es extraño, en otras ocasiones he preferido alejarme de mis recuerdos para que no me atormenten. El secuestro, el incendio, el robo y otras cosas han dejado en mí una huella, pero el salir del pais donde nací me dio un nuevo aliento, una oportunidad de componerme a mí mismo. Ahora, casi veinte años después, no me apetece salir huyendo de mi madriguera. No sé muy bien por qué, aun cuando esa práctica siempre ha tenido buenos resultados para mi interior.

Son casi veinte años, pero aún no tengo la certeza de donde estoy. Sea porque el lugar donde vivo me importa poco, sea porque me relaciono muy poco con la gente, sea porque vivo más dentro que fuera de mí mismo, no lo sé en realidad. Ha pasado mucho tiempo desde que recuerdo, he vivido muchas cosas, tengo dos hijos y aun no sé si contarles todo lo que he visto o, por el contrario, simplemente ser un padre normal.

No es como la imaginaba

La muerte respira lenta y angustiosa, con un rumor ronco, grave y de cuando en vez, sibilante. La muerte es flácida y temblorosa, lenta en su andar, en su pensar. La muerte es una mueca que no permite hablar con claridad, es una inflamación que impide vocalizar, es una pena que no permite ni se disculpa.

La muerte no es como la imaginaba, ni su olor ni la grasa que se deja ver lustrosa por toda mi piel. La muerte mía no es la que veo ahora ni la que deseé, la muerte que veo trastorna mi alma y mis ojos y mis fuerzas y mis deseos. Es la muerte de otros y es más dolorosa, más pesada y más indigesta. La muerte de aquellos me duele más y ya no hay más que pueda penar.

Y es maloliente y se escapa y vuelve arrepentida, es amarilla y gris, es parte de mí y ajena a todo, es un momento que huye a cualquier control, es un instante que no pertenece a ningún reloj, a ningún soplo del viento, a ningún rayo de luz. La muerte es como una flor en la oscuridad, como un suspiro en la soledad, mi llanto entre tus brazos, mi empeño en contra de todo. La muerte es como tú y como yo, la muerte es una desconocida que viste bien y bebe vino en vaso, es como una mota suspendida en el aire, es como una idea, una ocurrencia que simplemente está allí y nadie la toma en serio.

La muerte es como el dolor en mis manos, en mi cuello, como la angustia que se anida entre mis pulmones, como la rigidez que impide que tome tu mano, que acaricie tu pelo. La muerte es como el deseo interrumpido por la conciencia, como tu vientre estéril por el tiempo, como un ave rapaz que vuela en picado para comer de mi mano.

Y la muerte es como una revisión mientras camina a nuestro lado, afloran los miedos, las deudas, las excusas. Se desvanece la memoria y los deseos la sustituyen, como si no hubiese pasado nada, como si el

dolor no hubiese sido provocado, como si el tiempo exculpase, como si un roce de piel, como si el calor del cariño fuese un hallazgo. La muerte es como unas gotas de agua bendita, como un calor que se hace frío y entumece, como una lengua que degusta lo cáustico, la muerte es como llegar al fondo del pasillo y tomar las escaleras.

Y no existe una muerte digna lejos de una habitación oscura, y no tiene sentido que la muerte nos sorprenda cuando el tiempo es solo un invento maligno, y no puedo ahora dar una explicación al por qué tengo miedo, a por qué la muerte no es mi muerte si la merezco, si soy el culpable, si soy quien soy.

La muerte me ha acompañado y me ha dado una razón para vivir, la muerte siempre ha estado de mi parte, en mis manos en mis ojos. La muerte me atormenta porque soy una buena persona, porque soy ínfimo y no logro tocar sus labios.

Detesto

Detesto tu olor, detesto tus gestos, los pliegues que hay en tu piel y esa fina capa de vello que le cubre. Detesto pensar en ti y creer que te quiero, detesto tantas mentiras y ver tus ojos brillar en silencio; detesto tus pies y tus largas piernas alejándose hacia la luz. Detesto verte en la oscuridad de mis pensamientos, en mis fantasías consecutivas y encadenadas; detesto verte escapar. Detesto que me atormentes, que me tomes de la mano, que me mires a través de las rendijas. Detesto poner mis manos sobre ti como un carcelero, como un villano sucio, como un mendigo. Detesto esto y detesto mirarte, detesto pensarte, saberte mía mientras no estás, mientras te alejas, mientras te pierdo entre la multitud. Detesto lo que eres porque lo eres todo para mí.

El perro

... y odio los vómitos y el olor. Y lo de la sangre que resbala bajo mis zapatos y que es mucha y no sé por qué lo es. No cuando se seca, porque cuando se seca es fácil de rascar con una espátula, pero si te pones a limpiarla con un trapo y lejía o jabón o lo que sea, se hace un pegoste imposible y huele mal, claro que huele mal. Es un olor raro y familiar pero raro, como esos olores que no quieres y no respiras esperando que pasen, esperando que no te afecten. Pero cómo va a parar, cómo se ha de escapar, se hace cada vez más y no se quita, se reproduce solo, una y otra vez, es raro. Y es raro todo, la sangre, lo de cortar y machacar y lo de meterle en las bolsas.

Todo fue raro y para mí no era malo, ni malo ni bueno, porque tampoco me sentí bien, como suponía, como quería. Hice todo eso para sentirme bien y no lo conseguí, no conseguí nada. Nada de nada como siempre. Supongo que ya no puedo sentir, supongo que estoy como en una vida sin vida, sin sentir nada.

Y el perro se escapó y no supe por qué, porque yo cerré la puerta, claro que cerré la puerta. pero no lo sé, el perro se escapó y salió corriendo como si supiera todo lo que yo iba a hacer, como si se escapara de mí, como si me temiera. En lugar de ladrar o atacarme, huyó como si supiera, como si yo llevara una señal en la frente y el perro la hubiese visto, como ven ellos cosas, como presienten ellos las cosas. Los animales son así, son raros.

Y el camión de la basura lo atropelló, lo pisó y le sacó de dentro todo lo que había y la calle se llenó de sangre y de cosas que saltaron por todas partes. El camión se llenó de sangre, pero en sí era poca sangre, y en la calle era poco y eso era lo que yo pensaba, lo que yo había visto, pero no sé por qué aquí hay tanta, por qué aquí no se termina, no sé qué hacer con tanta sangre.

Detesto todo esto, no sé por qué lo he hecho. No quiero saber qué harán conmigo cuando se enteren.

Se oxida

Me preguntas si el corazón se oxida y debo contestar que sí, pues claro que sí, pues con dolor sí.

Y se oxida cuando en la soledad se humedece de pena, cuando en la oscuridad el tiempo lo embarra con odio, con el dolor de otros.

Y se puede ver cómo se deshace, claro, cuando se oxida. Y se puede sentir cuando se desvanece, sentir la desesperanza y la rabia, el dolor y la sequía.

Y el corazón se oxida con ese color de nubes al atardecer, y se marchita como el día cuando llega el final.

Y los ríos de sangre se estancan y el agua se aquieta como tus ojos al dormir, como tus manos al no tener a quien tocar. Y se marchita lejos y se oxida solo, y se reseca como las hojas y se pudre como una rosa, como una vida.

Me preguntas si se oxida y te digo que se muere, para algunos muere.

El Lago

... y entre tus cabellos brillaba el agua mientras reías y por tu piel, lascivas las gotas mientras corrías; y la inmensidad cálida y verde me engullía como una serpiente porque yo seguía tras de ti para quererte, para mostrarte mi mundo, para llevarte lejos.

Y así, tú solo sonreías, solo sonreías y yo veía tu rostro y tu cuerpo alejándose de mí. Veía mis pensamientos hacerse realidad, mis deseos entremezclarse con los olores, con la humedad, con tus juegos de dar y esconder. Veía el lago y veía tus ojos; las montañas y el viento silbando al roce con tu piel.

Y a eso de las ocho de la tarde el sol dejó de brillar y tu sonrisa dejó de interesarme, a eso de las ocho todo se fue haciendo más real y más angustioso, fugaz para ti, eterno para todos.

Ya no estábamos solos, ya no podía hablarte, ya no podía verte, ya no podía soñarte. Porque al verlo a él solo sentía culpa, suciedad, una especie de desprecio nauseabundo. Estaba yo lleno de estiércol y él era un caballero, era irreal era una pena.

La noche, tan oscura como podía serlo, se fue metiendo entre mi piel que no hacía más que añorarte, desearte desde lejos, temblar y querer desgarrar con las manos ese aire denso entre tú y yo.

Y fui todo noche sin que ella lo supiera, sin que él lo sospechara, sin que yo lo soportara. Y mis manos negras te escribieron, te llamaron, rozaron tu piel en un intento por tenerte.

Y tu vestido se manchó de negro y tus ojos alarmados vieron mis manos y él vio mi rostro y mi culpa, y el sol cayó y sus puños se apretaron mientras tu corrías, y la culpa paralizó mi corazón; tus besos y tus caricias se perdieron en el bosque. Y la laguna que te había visto jugar quedó atrás y la serpiente lo escondió todo esa noche, todo en la oscuridad. Tus lágrimas, tus pasos tus pecados, todo en un

instante, tu aliento, tus gritos.

Nunca comprendí el por qué de su silencio, nunca comprendí que corriera tras de ti, nunca entendí por qué reías cuando era yo quien corría tras de ti.

Debí matar a la serpiente, debí matarle mientras pude, mientras aún corrías, mientras aún podías ser mía.

La escalera

Esa noche llevaba los pendientes que le regalé, aquellos de brillantes que tanto me costó conseguir. Le gustaban, había sido un buen regalo, de esos que ella siempre quería. Se convirtieron en algo especial, como si representaran una unión intima, sus lazos conmigo o algo así.

No recuerdo haberla escuchado siendo específica nunca, ella nunca hablaba claro, era errática y difícil. No estoy seguro de por qué la amaba, de por qué me había llevado río abajo sin que yo pudiese resistir, del por qué nunca pude librarme de sus ataduras.

Anna era diferente, diferente a cualquier mujer que haya conocido. Era hermosa, era asustadiza y graciosa, era dulce y fuerte, era cariñosa y comprensiva. Era mía sin reparo.

Pero luego del accidente ya jamás fue la misma, su brazo y sus ojos nunca le permitieron ya ser quien era, y toda esa energía se convirtió en frustración y en amargura, la incapacidad era más grande cada día, le venía de dentro, de las tinieblas en las que ahora se encontraba.

Pasaba los días enteros escondida entre las sábanas, entre lágrimas mudas, entre sus pastillas, entre sus días sin ducharse, sin comer, creo que sin dormir. La señora del doctor Escalona vivía lentamente en la oscuridad, en la soledad de un mundo aparte, frío y condenado. Era así día tras día y yo no podía hacer nada. Yo era el médico que sufría la enfermedad, el que enloquecía, el que no encontraba cura.

Le regalé a Inés esos pendientes un mes después de que me dijo lo del embarazo, fueron los más bonitos que encontré, los que pude pagar, los que ella se merecía.

Pocos días después todo se fue al traste. Vino el aborto, su despido, mis problemas con Medcor, todo lo de la suspensión de pagos y el cierre del Centro. Días difíciles que se alargaron más de lo debido, como siempre sucede. Todo viene encadenado y la locomotora no se

detiene hasta que llega el final, hasta que te destroza.

Me costó mucho tomar el rumbo de nuevo pero tal vez fue la suma de todo, tal vez mi incapacidad, mis ansias porque todo acabara, el envenenamiento, el creer que tenía derecho a que todo saliera bien. No sé decir cuál fue la razón, no lo sé hoy y creo que nunca lo sabré.

Nada puede estar bien si ella no está en mi vida, nada si me empeño en los errores, en los sinsentidos. Nada puede estar bien ya en mi vida, lo sé y todos lo saben.

Estoy seguro de que sus ojos blanquecinos me vieron, que sus gritos me juzgaban y que mientras su desesperación me golpeaba, ella no hacía más que preguntarse por qué no lo había hecho antes, por qué mis manos habían tardado tanto en someterla bajo el agua.

Inés cayó por las escaleras mientras discutíamos, todo estaba mojado y ella corría. Ella no debió venir a casa, no ese día, yo estaba muy nervioso y ella más. Ya no había nada que pudiese salvarme, nada que diera marcha atrás a un tiempo confuso y frío. Yo no pude salvarla, no pude hacer nada, estaba al otro lado del pasillo aturdido por los gritos en la oscuridad. No soy el culpable, no yo, lo sé porque estuve allí. Lo sé porque no fui capaz de evitarlo.

Su familia nunca me tuvo como a una buena persona, no van a ayudarme ahora, no lo creo.

La vuelta

Y pensé que matar solucionaría la cosas, o que por lo menos me daría un respiro para poder escapar e intentar una vida nueva, una vida o algo que se le asemejase.

El agua del estanque estaba sucia, como siempre, supongo. Las escaleras seguían igual, familiares, bien conocidas. El escalón seguía crujiendo y entre el primero y el segundo permanecían los rastros de cientos de tardes, miles de noches que pasamos allí sentados revoloteando entre sueños, cigarros e ilusiones.

Carlos se dejaría llevar por las lágrimas si pudiera verme. Lo imagino quieto, desconectado sentado en nuestro rincón.

La luz de la tarde se hacía tenue y seguro que sería mejor idea subir y presentarme en casa, seguro me esperaban, seguro se contentarán de verme.

Y así fue, o pareció serlo para los asistentes. El ambiente rancio de casa y el olor a aceite que venía de la cocina empastaba los rostros y oscurecía el aliento bajo los focos amarillentos, esos que cada vez alumbran menos. No puedo recordar si alguien los haya cambiado jamás, parecen los mismos, desgastados, llenos de polvo.

El tío Pepe siempre callado, ahora más gordo, se dejó caer en el sillón marrón, la tía en su brazo, derechita con sus piernas cruzadas, sus piernas delgadas y huesudas siempre perfectas, ella siempre, mi tía.

Dani y Berto no me quitaban la vista de encima, estaban nerviosos, sonrientes, excitados. El mostacho a contraluz de Dani, se reflejaba en mis manos sudorosas y extrañas. Extrañas ya para este mundo, para esta realidad, para mí mismo y de seguro para todos los asistentes a mi retorno.

Me marché hace ya tres años, estuve en Palermo y luego algún

tiempo en Tarento. Estuve solo, pensando, arrepintiéndome cada día de querer tanto a Daniela, de no saber amarla, de no comprender, de negarme a dejarla marchar cuando aún el día tenía algo de luz, la vida algo de ilusión y el alma algún futuro.

Mis manos jugaban con el crepúsculo y las sombras, mi mente estaba lejos mientras todos pasaban a mi lado para desearme cosas buenas, suerte y ofrecerme ayuda.

Todos sabían que era imposible volver, todos sabían que era otro error insalvable, un «qué se le va a hacer»; pero todos, preferían verme allí, tenerme cerca, cuidarme y tal vez, que les diera la oportunidad de intervenir para evitar cosas.

¿Y me preguntas cómo la escogí? No hay respuesta para esas cosas, no hay motivos para hacer lo que hice. Ella era como un alma y yo era la pena que le atormentaba. No fue el azar, ella llamó a mi puerta a eso de las ו de la tarde, yo le insistí en que entrara, en que no me abandonara.

No le gustaba que la viese desnuda, ella apagaba siempre la luz y se escondía, le daba vergüenza que me gustara verla. A mí me gustaba mucho, era hermosa y suave, larga y blanca como el infinito. Sus piernas, sus pechos pequeños, su cabello derramado por la espalda.

Ella fue mi razón. No hubo otra razón. No había razón para más motivos, no esa tarde.

Le detestaba, le odiaba cuando reía, cuando se pasaba horas llorando, cuando huía sin razón. Cuando se metía en la cama y cuando se encerraba en el baño para hundirse en ese pozo que eran sus ojos. Ella no estaba bien y por eso la escogí. Yo no tenía más razones, no entiendo por qué debía tenerlas, no entiendo por qué siempre me preguntan lo mismo.

Ella vino a mí hará unos 5 años. Trabajaba en el café de la estación, cerca de casa. El café de las flores donde iba cada mañana, yo, a pensar. Fue ella quien sonrió, fue ella quien quiso hablar y todo eso. Fue ella quien me escogió a mí, a mí entre todo aquello que rodeaba su vida desesperada.

Sus ojos hablaban y suplicaban cuando ya de nada servía. Yo no lastimé sus manos, claro que no, pero al final quedaron ensangrentadas, destrozadas, porque no se quedaba quieta, no me entendía cuando le hablaba, cuando le gritaba que se quedara quieta por Dios.

No duró más de una hora todo aquello, la lluvia tardó mucho más en calmar. Era de día, aunque todo estaba oscuro, todo azul como pintado, como bajo un lago turbio y helado; tenía mucho frío y creo que ella también. Su respiración era rápida y temblaba, se movía y convulsionaba como queriendo agarrar el aliento que se escapaba de su pecho, de sus ojos.

La sangre era espesa, ya lo he dicho. Todo estaba sucio, todo desordenado, como siempre, aunque me molestara, aunque ella dijera que limpiaba, siempre estaba todo sucio, todo asqueroso sin que yo pudiese hacer nada.

No me gusta que todo se vea viejo porque está sucio, que parezca abandonado. No quiero que me abandone, no quiero que se vaya, que desaparezca. La necesito, la necesito, la necesito tanto que no puedo respirar, me cuesta vivir, me cuesta mantener los ojos abiertos, me cuesta respirar bajo el agua, en las profundidades de mí mismo, entre la gente.

Ella no debió irse, no tenía que dejarme solo con los lobos. Yo no quería hacerle daño.

Tengo que limpiar la habitación y el baño, planchar la camisa azul y vestirme, el viaje ha sido largo y estoy sudado. Todos hablan y ríen, todos tienen recuerdos mientras yo trato de olvidar. Tengo que ir a la cocina y tomar un café. Necesito un café.

Ella se vestía siempre con pantalones, no le gustaban las faldas ni los vestidos. Ella solía estar bien arreglada, me gustaba verla, seguir sus pasos, mirar sus pies delgados y su caminar cadencioso; saber cómo descalza huía del calor.

Debía mirarla a escondidas, debía disimular, debía imaginarla y esconderme. La veía desvestirse por la ventana desde la oscuridad, yo algunas veces me escondía y la miraba a través de la persiana, desde el jardín, o me escondía en casa para verla deambular y hacer sus cosas. Supongo que ella no se enteró nunca, o nunca me dijo nada. Creo que lo sabía y nunca me dijo nada.

Me gusta el ladrido de los perros entre el bosque, la ansiedad de los sabuesos por el olor de la muerte, me gustan los perros y no me importa escucharlos. Odio el chirrido de los pájaros, esa guillotina inquisitoria que te persigue mientras corres y no sabes cómo escapar. Si yo hubiese tenido un perro tal vez le hubiese matado, no lo sé, pero creo que lo habría hecho tarde o temprano.

De chico mataba los gatos que me encontraba por la calle. Tenía que estar solo y que fuese de noche, de lo contrario siempre había alguien que me increpaba, que me reclamaba, pero a mí no me importaba en realidad.

Estoy cansado, el viaje ha sido largo y la idea de esta reunión ha sido de mamá, no mía. Debería descansar para no decir tonterías, no me siento bien hoy, no estoy bien hoy.

Sin ti

Amo la soledad que inunda el camino, toda la ausencia que se instala en mi estómago por las noches y la piedad del sueño que me aparta de ti por momentos.

No quiero dormir a tu lado si me odias, si me miras. No quiero verte al despertar si no eres lo que en mis delirios persigo. Las escaleras van abajo y yo sigo mi camino, las sombras largas se marchitan con el paso del tiempo.

Soy silencio, soy soledad, soy la tierra que hierve bajo el sol. Sigo mi camino sin ti.

Mi muerte

Mi muerte se hizo pequeña y oscura, solitaria y callada. Mi muerte se hizo húmeda y del color de la tierra; se hizo fría en invierno y en los demás, se hizo presente.

Mi muerte de lunes fue lo que debía ser y yo la vi como un manto sobre mi cabeza. Mi muerte fue lenta para acostumbrarme y de su paso aprendí lo que es la vida.

Su pecado

Susurró sus defectos a mi oído, y al mirarla, sus ojos se desplomaron en una mirada de vergüenza, de intimidad abierta, de alma expuesta. Su rostro en la oscuridad y sus pecados enjugando sus ojos. Tomé sus manos y la traje contra mi pecho, como si quisiera que entrara dentro de mí, pero en silencio.

Ella me había mostrado el mundo, ella me había enseñado a saborear la luz del sol, a sentir sobre mi cuerpo la dulzura de la lluvia, la amargura del café y la acidez de palabras que jamás había escuchado en mi vida. Ella leyó todos mis papeles y al final, me regaló una sonrisa. Ella me empujo cuesta abajo e hizo que saliera por el portal, ella supo esperarme y acompañarme, hacer que volara y hacer que descansara. Ella me mostró sus ojos y el universo, sus manos y las profundidades del mar, ella me mostró la indiferencia y el desprecio, la fuerza y el poder de una caricia. Ella está llena y yo me alimento de su interior. Ella es lo que es y yo lo que ella construyó.

Cómo puede creer que no conozco sus pecados, cómo puede creer que me importen sus fantasmas, su pasado, como puede pensar que al saber que es fuego, pueda yo temerle al sol, pueda yo querer alejarme y olvidar su calor. Sé que acabará conmigo, sé lo que ha hecho y lo que hará sin duda. Quiero vivir de ella hasta que el veneno destruya mis entrañas.

María

Por esas cosas de la vida, yo no conocía a su hija, ni al tal novio de ésta. No me había dado el tiempo para mirar su entorno, su gente, sus gustos, su realidad. Yo me conformé con ser y actuar como su fantasía momentánea, como un actor con guion, como el capricho que era, como el desconocido que era.

Las cosas estaban claras, tanto para ella como para mí mismo, cada uno se limitaba en su espacio y en su tiempo, cada uno jugaba solo, con las cartas que se había guardado, con las pautas que se habían acordado.

Ellos aparecieron en la terraza del Café de Vigo, donde yo estaba con Ernesto tomando algo. Ella comenzó a manotear y a insultarme. Entre improperios y uno que otro empujón, yo tardé un tiempo en identificarla, Laura hablaba poco de ella y yo prefería mantenerme ajeno, aunque debo admitir que cuando lo hacía la luz se apoderaba de esos ojos claros que tanto me gustaban y que en esos momentos perdía irremediablemente.

Ella lanzaba decenas de insultos contra mí como el corruptor de su madre, como el culpable de la destrucción de su hogar, como el único responsable de algo de lo que en realidad yo era solo una pieza más, un elemento tomado al azar para hacer realidad un sueño, una fantasía que, dicho sea de paso, Laura se merecía, lo necesitaba, lo ansiaba.

Aquello terminó con mi retirada tratando de guardarme el silencio y dejando a cargo de todo a mi amigo. Me alejé llevándome conmigo los gritos de María, su ira, su asco, su verdad diferente a la mía; me alejé corriendo como un cobarde, me fui sin decir una palabra, sin explicar lo que en realidad no puede explicarse con palabras.

Descubierto y abochornado en público, decidí no ver por un tiempo a Laura, ella me odió con sus ojos de sangre, con su voz distante, con sus labios, con su piel, con sus manos. Dejé de verla porque no estaba preparado para enfrentarme a mi pecado, estúpido idiota yo, como si alguna vez lo hubiese estado para algo.

Salí rumbo a París ese mismo fin de semana para lo de la charla en el Instituto Médico Duport. No puedo decir que fuera un desastre, pero mi mente no podía conciliar dos ideas seguidas estando como me encontraba. Era angustia, era decepción, culpa, descomposición, era dolor de estómago, dolor de cabeza y de corazón. Nada era justo, como es lógico, como sucede siempre; nada es justo cuando realmente se quiere a alguien y para mi desgracia yo quería a una mujer casada.

Sobrellevé los días como pude hasta volver a Barcelona y buscarla de nuevo. La tormenta había cambiado su rostro, su voz delicada, sus manos. El mundo entero la odiaba y ella se odiaba más que nunca a sí misma, odiaba a su marido y me odiaba a mí por haber entrado en su vida. No quería verme y la entiendo, no quería saber nada de mí ni siquiera cuando aparecía en casa envuelta en su abrigo púrpura, con sus zapatos negros y sin palabras, ¿para qué palabras, para qué?

Ella clavaba puñales en mi pecho y yo le apretaba hasta sacarle todo el aire de dentro. Sus lágrimas se chorreaban por entre mis manos, sus sollozos y los gritos. Ella escapaba moribunda, yo perecía solo entre mis recuerdos. Sucedía todos los lunes, todos los miércoles y jamás volvimos a hablar, jamás volví a encontrar aquellos ojos en los que solía perderme y nadar envuelto en sueños.

Sentía como mis entrañas putrefactas ya no servían para comer ni para pensar y cómo cada vez que le veía era solo para que devorara una parte de mí, para que vomitara sobre mi alfombra los desechos del amor regurgitado.

Las noches de enero suelen ser frías y calmadas, y de camino a casa de Laura yo solo escuchaba el susurro de mis venas empujando dentro de mi cabeza. No puedo ahora mismo saber sobre la hora o el momento en que decidí meterme por la ventana del baño de la casa de los Ponte, o cuando Darío me encontró dentro de su habitación explicándole a Laura que debíamos escapar de todo aquello, no puedo a ciencia cierta decir cuando me abalancé con la lámpara sobre ella que gritaba histérica porque había yo matado a su marido, su marido, supongo que en ese instante comprendí por qué cada uno debía saber sus límites, de por qué ella nunca hablaba de sus hijos, de su casa. Entendí como me usaba y lo tonto que había yo sido en jugar sin comprender las reglas.

De él no recuerdo nada, de ella recuerdo su cuerpo desplomándose, recuerdo su piel, sus ojos de sangre, recuerdo que estaba descalza, recuerdo que el silencio se parecía a nuestros encuentros, a nuestros

deseos, que el tiempo se hizo eterno para que la contemplara, recuerdo que ella no era mía, recuerdo que dejé mis entrañas allí sobre sus piernas y salí corriendo, corriendo como siempre.

Ella era culpable y por eso le di con la lámpara, su marido era la víctima y por eso le maté. Yo jugaba a ser el asesino sin saberlo, sin entender nada. Todos los días pienso en María, y en cuanto me hubiese gustado conocerla.

Te recuerdo

Cuando el viento hace vibrar los árboles del bosque, tus cabellos, como hilos de miel se van y se entrelazan con los rayos del sol. Tus palabras vuelan como cometas en la tarde de primavera y mis ojos se humedecen junto a mi boca al mirar tu piel blanquecina, suave y ausente.

Y mis recuerdos de ti son traicioneros, agudos y pícaros.

No recuerdo tus defectos ni tus rasgos, ni tus manías ni tus desprecios, no recuerdo más que lo que yo creé, lo que dibujé sobre tu tez. Ya no existe más que lo mucho que te amé.

Ya no estás para odiarte, para juzgar tus palabras, tus desplantes. Ya no estás para verte jugar con el tiempo, con la brisa y con los deseos.

Ya no importa a quien querías, ya no importa como marcabas las cartas, como tus manos mentían y escondían tu sonrisa.

Mientras te amé fui feliz, mientras cegaste mi mirada fui tuyo, ahora nada importa, ahora nada queda ya más que mis sueños, ahora estoy solo, ahora yo estoy muerto.

Pero, ¿qué puedo decir sobre mi muerte si no ha sucedido? Qué puedo decir sobre tu muerte que no acaba. Dejé la vida para seguirte, para entenderte, dejé la vida toda ella sin sentido por tenerte a ti. Qué puedo hacer por mi muerte que no haya hecho ya, qué puedo decir; qué más quiere Dios que piense si solo tú llenas el cuenco de donde bebo, el aire en el cual me muevo. Solo tú eres vida y ya no estás. Vuelve tus ojos a mí y muéstrame ya el camino para dejar la maldita soledad.

Escena

Quiero dejar de odiarte, quiero dejar de hablarte, quiero que tus manos ya jamás vuelvan a tocarme, jamás vuelvan a olvidarme.

No te quiero, no te exijo, no te tengo nada y de tu mirada solo quiero el precipicio, solo quiero un mismo aliento, un mismo desatino.

Lejos de ti mis ojos se hunden en el mar y mi alma vacía vaga para perdonar. Aquí apartada y humillada, mis venas se derraman, te reprochan, te idolatran. Aquí entre la niebla mis pasos se ven poco, se sienten poco. Aquí en la soledad todo se parece a tu ausencia, todo al olor de tu muerte.

Vuelta a empezar y tus gritos bajo el agua se esconden, vuelta a empezar y mi piel se agrieta como la tierra y como el dolor. Quiero tu cuerpo y te quiero lejos, grito y siento cómo un puñal destroza mi alma, me destroza como la luz, como la esperanza.

Tú no estás y no quiero que estés, tú no vives y no quiero que lo hagas más. No soporto tus palabras amor mío, no las bofetadas, no tu carne, no tus besos. No te quiero herido, no te quiero mudo, no tu dolor ni tu respiración.

Estoy sola y tú a mi lado, estoy esperando que me encuentren, esperando que alguien me odie y me consuele; espero que alguien vea mi rostro y me delate.

Lo dijo

Tiene tres o cuatro días fuera de casa. Su ropa, sus zapatos, su cabello, sus ojos, todo está aquí como detenido en el tiempo. Salió el miércoles a media tarde, rumbo a Milano para un trabajo. La habitación está ahora más sola que nunca, ahora luego de la discusión se ve más oscura, más desordenada, más infinita. Ella salió gritando sin que pudiese hacer nada. Sé que perdió el tren y el trabajo, sé que se aloja en el Semprone, sé que no tiene dinero, sé quién está con ella ahora. Sé lo que piensa de mí porque me lo dijo, sé que debo marcharme porque me lo pidió, sé que el mundo se acaba en un instante, pero también sé que un instante y una eternidad no tienen diferencia cuando la oscuridad cae, cuando el viento sopla dentro del alma, cuando las palabras retumban por entre las rocas.

No puedo más que marcharme, porque sus zapatos resuenan en la escalera, no puedo si no marcharme, porque los errores han de pagarse con sangre. No sé qué hacer si no marcharme, porque el dolor no se calma con un beso, con una caricia; porque el odio no se esconde tras las cortinas, tras las manos apretadas fuerte sobre la espalda. No debo más que marcharme porque ya no tengo nada que ofrecerle, porque sus gritos amordazan mis pensamientos, mis razones. No sé qué hacer más que marcharme porque la única luz que veo viene de la ventana, no sé qué hacer más que desear estar en la piel de un hombre joven e inmaduro, no sé qué hacer más que buscar lo que no encuentro; no sé más que hacer que cerrar los ojos y correr hacia la luz como un poseso sin freno. Ella no debe encontrarme aquí, han pasado tres o cuatro días y ella me pidió que me marchase.

Ella

Ella me llenó de vida, dulce y estricta, comprensiva y protectora. Sin más, el aire que respiraba se alejó y sus ojos dejaron de mirarme, sus labios y su olor dejaron de pertenecerme. La muerte vino en mi ausencia y la arropó implacable, sepultándola en la oscuridad eterna. Es así como su olor viene a mí, como el sabor envuelto en anís, como la ternura escondida en una caricia.

La Pieza de Bronce

Pujé por esa pieza hasta los 35 mil euros, es una locura, ya lo sé. Llegué a casa y puse la figura sobre la mesa del salón, me senté frente a ella y me quedé observándola. Estaba yo, absorto, la escultura y detrás la tele, negra y brillante, especular para devolverme el revés de esa figura esbelta con la mano estirada y la pierna. Treinta y cinco mil es bastante dinero para alguien como yo, qué más da, demasiado, pero es lo que pasa, es lo que la gente hace cuando hay dolor, cuando hay remordimientos.

Ella salió de casa con los gritos cogidos de la mano, con el bolso abierto y el manojo de llaves. Ella salió de casa y no ha vuelto, aunque sé que toda su ropa está aquí, sus cremas, sus pinturas, sus libros, sus discos. Se dejó todo revuelto y la cena a medio hacer, los platos vacíos sobre la mesa y la ropa dividida para lavar.

Ella estaba en el bar de Marco, según me dijeron, había bebido y se fue con alguien. Aún la policía no sabe quién es. Al parecer es un tipo de cabello oscuro, de unos 40 años y de un metro ochenta. Nadie sabe si se marcharon en coche, pero sería lo lógico, sabiendo donde la dejaron tiene que haber un coche, y tal vez dos personas o tal vez más. Las cuerdas eran cuerdas normales, de las que hay en cualquier ferretería, las bolsas eran del Caprabo y los zapatos nunca los encontraron.

Ayer vino a verme Sara, estaba bastante mal, con los ojos hundidos de no dormir, la piel grasosa y ese pantalón ancho y sucio que tanto le gusta usar, que tan mal le queda. Vino a insultarme, a culparme de todo, a remover un torbellino para hacerlo estallar. Yo le amaba, le adoraba y ella se fue con uno porque tenía pelo, porque estaba histérica, porque solo quería hacerme daño y resulta que soy yo el culpable, para todos soy el culpable, porque siempre soy yo el perro,

el idiota que la hace sufrir.

Dicen que fue hace solo cinco días que la dejaron en el bosque, donde la encontró ayer el viejo, dicen que estuvo en algún sitio desde hace dos semanas, tal vez amarrada, casi sin comer según el médico, casi sin ver la luz del sol, quién sabe.

Sara no sabe ni la mitad de lo que le hicieron a su hermana, la policía habló conmigo y por ahora hay cosas que no se van a decir, detalles que no se van a comentar hasta que aparezca el sádico que se llevó a Lucía, hasta que lo atrapen. No sé por qué demonios compré esta bailarina de bronce, no sé por qué pagué tanto dinero por este pedazo de metal, solo sé que no puedo dejar de mirarla, como un tonto observarla y ver todo repetirse sin cesar. Y el silencio y la tele y la luz que se va apagando, son quienes marcan el tiempo, quienes me acompañan. Ella bailaba como una princesa, y sus piernas delgadas y musculosas subían al cielo con gracia, llena toda ella de un gas etéreo flotaba hermosa mientras todos la observaban. Ella era feliz solo cuando se amarraba las zapatillas, ella era feliz y ahora está hecha pedazos. Yo la empuje al precipicio, yo disparé en su cabeza. Sara está tirada en el suelo de la cocina, tengo que limpiar y arreglarlo todo antes de marchar. Vendrán a buscarla, vendrán a por mí. Encontrarán mis zapatos, mis papeles, mis pastillas, la bailarina de bronce y mis huellas por todas partes.

La agonía del conejo

La agonía del conejo. Es una paradoja, pero lo repetía una y otra vez en mi angustia, en mi impotencia. Fuera todo estaba mojado y la lluvia me retenía dentro de casa, en el salón frente a la cristalera que da al jardín.

En mi mente su sonrisa y en mis ojos la lluvia, el pequeño animal que petrificado espera el ataque, la víctima y la fiera, la dama y el mendigo, el amante y la máscara.

Ella jugaba con mis manos como la viuda que viste de negro para ir a la iglesia, ella bajaba la mirada solo para apuñalar mi pecho con sus besos. Y toda la oscuridad a mi alrededor, toda la ilusión y el mundo en contra, toda su frialdad y mi triste avaricia. Yo le di cuanto me pidió, le entregué mi alma y le entregué mi vida

El conejo muere solo, de miedo, quieto y con la sorpresa en sus ojos rojos, muere en su intento por amar, amar de nuevo y amar de nuevo.

Giraba mi mente en la imagen y en la sensación de su piel blanca, suave y su tez rosa y su sonrisa de tormenta. Y mientras la lluvia me ataba, ella sonreía en la estación, recordando cuando le amaba, cuando sus manos frías acariciaban mi pecho.

Ella clavó el cuchillo en mi estómago y en mi pierna, me arrastró escaleras abajo y abandonó la finca en mi coche. El torrencial lavó su culpa, cortó la electricidad y cualquier posibilidad de que alguien pudiese enterarse de que mi aliento se desvanecía.

La lluvia ha anegado el jardín, la madriguera está llena de agua, mi cuerpo se seca a borbotones. El cristal de la ventana muestra un sol que muere, que llena todo de rojo, todo de sombras. Jamás debí creer en sus palabras.

El río

He logrado escapar en múltiples ocasiones, he huido, he corrido, bajado acantilados y subido cientos de escaleras. Mis manos, mis ojos, mis entrañas han sabido de privaciones, de sangre, de dolor. Con mis dedos he tocado el interior de cuerpos casi sin vida, con mis dedos he hurgado, he jugueteado, con mis dedos he acariciado y apretado, disfrutado mientras veía dolor, mientras veía triunfar a otros.

He cruzado fronteras escapando de mí mismo, he corrido para dejar atrás quien soy, sin éxito, sin recompensa. He vivido tras las cortinas, tras los muros, he dormido en brazos que no son míos, que no me pertenecen, he dado cuanto tenía, todo a cambio de una mirada.

La piel de todos cuantos he visto, se torna amarillenta de la misma forma siempre, lentamente, inequívocamente sean o no conocidos. El aliento y el viento están hechos de la misma pérdida, del mismo adiós, de la misma frialdad. Tú también, tú eres como la brisa, como el olor del campo, como mis sueños. Tumbada te despides sin que ya nada pueda hacer, pocas palabras, pocas miradas, igual que siempre. Estas ausente, asustada y yo corro, igual que siempre.

He vivido para no ser quien soy, estoy lejos, solo y acabado, en un remolino sin fuerzas para luchar. Tú eras mi emoción, mi justicia, mi razón, pero igual que yo, ya un día dejaste de estar, dejaste de caminar, de mirarme ya.

Quiero que el agua del río lleve mi cuerpo cuesta abajo hasta el mar, que mis dedos toquen fugazmente la hierba, las rocas. Quiero que mis ojos miren al cielo y a la oscuridad a la vez, quiero sentir tus labios y volverme boca abajo mientras prosigo mi camino.

Salgo rápido de casa sin ropas, sin equipaje, sin ti, sin nada. Salgo de casa huyendo de quien soy y echo mi cuerpo al río como tantas veces he echado el de otros.

Blanca

Y me abandoné; en tus brazos me perdí mientras mis ojos lloraban en la oscuridad. Fuiste tú quien sacó mi cabeza del agua, quien del fondo del mar arrastró a la orilla mis suspiros, mis temores.

Y entre tu piel anidé por años como una lombriz, me escondí de la luz y de la gente, me perdí el amanecer y comí de tus sobras para no molestar. Estoy cansado y delgado, lento y trasnochado.

El tiempo avanza indómito en líneas curvas, se aleja fugaz hacia el infinito solo para volver y envestirnos como un carro de caballos enajenados.

Hace poco más de un año que vino a verme. Estaba un poco gordo y descuidado, con el pelo sucio y las uñas largas. No le recordaba así, sé que el tiempo cambia a las personas, pero nunca me ha gustado que la gente pierda la higiene, la compostura, que le pueda la indiferencia, el desdén.

Apareció en casa a eso de las 8 de la tarde, era verano y aún el sol rondaba los edificios de la avenida. Traía una botella de vino intentando ser amable pero los años no se evaporan con el alcohol, ni las desilusiones, ni las traiciones.

Hacía más de quince años que Sofía se había ido con él, hacía más de diez años que Sofía había muerto y él solo trae hoy una botella de vino para pedir perdón, para suplicar que no le mate.

Solo yo sé lo que hizo con su cuerpo y sólo yo, la llave para que no fuera a prisión cuando lo investigaron. Yo me deshice de las pruebas que le podían inculpar a cambio de tenerle todos estos años esperando, esperando que apareciera yo durante la noche, mientras se duchaba, mientras comía, mientras trabajaba, en cualquier momento, en cualquier lugar para cobrar con mis manos lo que había hecho a mi Sofía, cobrarle toda la oscuridad y las lágrimas, toda la furia y la

impotencia, todos los lamentos y las penas. Yo le salvé la vida para arrebatársela, para matarle lo más lentamente que pudiera, para enterrarle en vida todo el tiempo que pudiera.

Hoy se ha presentado en casa, en silencio, con una botella barata y una nota. Con la ropa arrugada y sucia, con las manos temblorosas y el aliento ácido.

Puse la botella de vino en la mesa de la cocina donde Blanca estaba haciendo la cena, le di un beso y le dije que estaba contento, que Juan me había dado una gran sorpresa viniendo sin avisar, lástima que no cenaríamos en casa, teníamos mucho que recordar, mucho de qué hablar.

Le llevé al establo de la casa abandonada. Hacía tiempo que la visitaba, primero para aislarme y pensar, para poner orden a todo el dolor que tenía dentro, para estar sólo y hurgar en las profundidades de mi abismo. Luego fui arreglando todo, limpié la estancia de los caballos y puse una lámpara de gas para la noche. Aseguré las puertas y reforcé las sujeciones, llevé un par de sillas y algo de comer. Cuerdas, clavos, herramientas, algo de agua también.

Él nunca dijo nada, se ofreció como un cordero que va a ser sacrificado en cuaresma, como un reo, sin fuerzas para gritar por un perdón que no merecía. Las cosas se dieron sin prisas, como deben ser, sin lamentos ni falsas esperanzas.

Su sangre ya ha dejado de oler, las moscas ya no están y las ratas han hecho su trabajo. Han sido casi cuatro meses, muchos días mintiendo a Blanca para venir al establo, los gritos, las curas, las náuseas. Todo está en orden, nadie lo extrañará, nadie me preguntará a mí jamás por nada.

Blanca es el refugio, el hogar. Su pecho me acoge y sus manos lavan mis pecados cada noche cuando llego a casa. Ella me esconde en su oscuridad para que nadie sepa lo que he hecho, ella me ama porque me conoce mejor que nadie, ella me cuida de todo lo que hago y me aparta del mundo. Ella es mi oscuridad mi perdición, ella me espera cada día con paciencia, ella sabe que llegará el día que la desesperación se apodere de mí, el día que me presente ante ella con un pequeño regalo y una nota que diga que ya estoy listo, listo para mi muerte porque ya no aguanto más, porque estoy perdido como mi cabello, como mis dientes, como mis cuidados, como mi cordura. Ella sabe que estoy cansado, lento y trasnochado, que estoy en sus manos.

La muerte es lo que es.

Lo repito en mi mente cada día, cada instante. Tengo mucho tiempo para pensar y los fantasmas revolotean como mirlos a mi alrededor. Cada vez más deseo acabar con todo, estoy cansado de escapar, de esconderme, de temerle a la gente.

Quiero salir del bosque y poder tomar un café en una esquina, conocer a alguien, saborear un buen pedazo de carne sin pensar, sin recordar.

La muerte es lo que es y ya para mí ha perdido el sentido, esa dimensión, esa naturaleza que se supone que tiene. Es simplemente un trabajo, lo veo así, y ellos me lo hacen entender así, un trabajo sin alternativa, sin peros, sin alma. Lo siento así, es eso, ya me he perdido y no quiero estar atrapado como lo estoy ahora, siempre en la nada, rodeado de atajos y fórmulas. Me cansa la técnica, el celo por los detalles, la limpieza, la frialdad y la precisión, la efectividad y los halagos vacíos. Ya todo me escuece el alma y me distrae, cada vez veo menos y estoy más nervioso, cada día que pasa se convierte en noche porque pienso, porque sufro.

Quiero una vida, una vida como la que tienen muchos a quienes considero más torpes, más tontos, más incapaces que yo. Quiero una vida donde haya una mujer y un hijo, donde exista una tarde al sol en un campo verde, en un lago claro, fresco.

Al amanecer me duelen las manos y eso no me gusta, siento que no puedo cerrar los puños y eso me atormenta, yo debo ser fino, delicado, preciso. Así se me exige y por eso me pagan. Sin mis manos no tengo nada, no soy nadie.

Debo acabar con todo esto, repito estas palabras como repito los salmos durante la noche, me hago viejo y los viejos piensan, recuerdan y ven la muerte cerca y eso para mí es un contrasentido.

Quiero quedarme en blanco un día y no poder hacer ya nunca más mi trabajo, quiero que el cielo caiga sobre mí y ate mis manos a la tierra, quiero una pesada soga que ahogue mi pecho en un nudo eterno, quiero que un día cualquiera me despierten con un disparo en el corazón.

Quiero tus ojos viéndome caer, quiero tus labios robar mi aliento y devolverme la vida, esa que poco a poco fui robando a los demás y que entregué por dinero un día.

Estoy perdido y por eso ahora me acerco a ellos y les escupo en la oreja. Alguien juntará las piezas y alguna casualidad me llevará al final. Quiero el final y supongo sea ésta una buena manera de provocarlo.

La Conversación

Cien días después, aún siento el poder de aquella sonrisa que cautivó mi atención y el sentido de toda aquella conversación.

Ella sabía lo que hacía, tanto como lo sabía Raquel hace tanto tiempo. Sabía que debía ir con las manos limpias a discutir con los abogados de la defensa, aquellos tipos de traje barato y muchas ganas de mejorar su situación a mi costa. Ella sabía que no debía ir a argumentar sino más bien a escuchar, a poner boca arriba todas las cartas que pudiese tener al alcance. Ella era mujer y sabía manejar situaciones mucho mejor que yo, ella resolvía la trama antes de estar escrita, ella era lo que era y no era mía.

De alguna manera la deseaba, la adoraba sin haberla tenido nunca, pero como siempre, mis palabras estaban ausentes, mis pensamientos difusos mientras la observaba y ella, tan lejos como mis recuerdos.

Supongo que luego de la conversación de esta tarde, nada habrá cambiado para mí, no seré capaz de resumir todo lo dicho o cómo es la cara de todas esas cartas que reconozco abiertas ante mí. Pero aún cuando lo hiciese, de poco serviría, ella debería estar allí, escuchando, observando, analizando para mí.

Si pudiese contratarla para que viviese dentro de mí por un tiempo, las cosas serían distintas. Si pudiera ver lo que yo, sentir lo que yo, saber lo que yo sé, seguro sería diferente, seguro se alejaría para siempre y eso no serviría más que para causarme más dolor. No hago más que inventarme tonterías para evitar problemas, no soy muy brillante en el trato con las personas, eso se hace notar y molesta, molesta más saberlo que serlo. Como siempre.

Ella me acusa y me mira a los ojos, ella no me comprende, ella conoce cada detalle, cada nombre, cada lugar, cada sensación, pero no conoce todo lo que hay dentro de mí, ella es mi sentencia, tanto, como

lo fue Raquel algún día.

PARTE II

El Agujero

Si alguien me hubiese dicho que el cielo en un momento se abriría y que, como de un sumidero de cloaca se tratara, un chorro de oscuridad se derramaría por entre las montañas, en honor al sentido común le tendría que tildar de loco, de escandaloso o de tonto. Pero sin más, el tonto fui yo, y por lo visto todos fuimos engañados, todos a quienes conozco aquí en el pueblo, incluyendo alguno de mis amigos a quien más de una vez he considerado como muy inteligente.

Y el miedo fue lo que se apoderó de la gente, de los animales. Y tanto unos como otros solo pensaron en escapar, pero el agujero estaba allí, gigante en el cielo. La información era poca, ni la tele ni la radio decían nada concreto, solo elucubraciones, nadie sabía qué demonios era todo esto ni por qué había sucedido.

Y la oscuridad del universo seguía entrando por el agujero y las nubes se apartaban porque lo que manaba era vacío, polvo que brillaba y algo como un frío inmenso que quemaba. Y quemó toda la vegetación que estaba debajo, y los animales que no pudieron huir se desvanecieron en un polvo que olía mal, y las casas y las cosas se quedaron intactas como si de una noche rara se tratara, había silencio, había oscuridad.

Apetecía sentarse a verlo, apetecía como un atardecer, como una fogata en medio del bosque. Y los colores se mezclaban en los bordes del flujo como lo hacen en las caídas de agua o bajo la lluvia cuando sale el sol. Y de repente cayó una estrella y luego muchas más por el agujero, y comenzaron a chocar contra la tierra rayos de luz de colores, y allí sí que empezaron los ruidos, estruendos que eran relámpagos, truenos y pirotecnia. La gente lloraba, pero petrificada solo observaba. Y el tiempo dejó de ser importante, la gente se creía perdida y nada tenía ya más valor que el presente.

Pero de pronto volvió el silencio, y la gente volvió a correr, a esconderse. Pero a la mañana del tercer día, Juan, el panadero, decidió trabajar, ya había muchos que le reclamaban pan y leche; y aunque el primer día la electricidad se vio suspendida, agua, gas y luz estaban por ratos restablecidos ya. Y supongo que la farmacia y la gasolinera se encontraron con la misma súplica, y Manuel el del abasto y los chinos y los del banco igual.

No éramos pocos los que nos habíamos quedado en Santa María, y a su vez, en contra de lo que muchos dijeron, gente extraña ha venido a ver el agujero y el chorro de universo que hay en el pueblo. Primero fueron solo periodistas, la tele, etc., pero luego ha venido mucha gente a curiosear, por supuesto también gente del gobierno, militares, bomberos, pero esos se hacen sus campamentos y sus cosas. Hablo de la cantidad de gente que ha llenado el hotel de los Ponte y las 2 pensiones de las hermanas Mayer, las gringas y los comederos y el restaurante de los Mareiro. Todo el pueblo está revolucionado, pero se ve alegría en el rostro de los vecinos, sobre todo los que tienen negocios y los que viven cerca de la Plaza Central.

Manuelita ahora tiene un novio y Enric me dijo que se comprará un tractor para hacer no sé qué en sus tierras para los turistas. Los periódicos hoy solo hablan del alcalde, del robo de las ayudas y de las concesiones a dedo y de cómo gasta el dinero en mujeres y en licor y de cómo esto no está yendo nada bien.

El cielo sigue roto y nadie nos ha explicado el por qué. Por más que la gente pregunte, nadie da respuesta de cómo reparar esto que de seguro irá a peor, nadie dice nada. Los militares siempre están callados, los del gobierno solo tienen palabras vacías y el chorro no para de manar oscuridad; y cómo iba a parar, si el universo es infinito, o ya no, pero inmenso sí que es. El abuelo decía que nos acostumbramos a todo y tal vez tenga razón. El agujero no se va a ir solo, la gente y los animales van a seguir muriendo, pero los que nos quedamos en Santa María, seguiremos aquí, porque esto es lo que conocemos y es donde nacimos. Mientras siga manando oscuridad las cosas funcionarán, mientras todo siga igual yo estaré aquí.

Nota: Santa María es el pueblo donde nací y tal vez, donde muera de una forma absurda. Todos esperan a que el cielo se cierre de pronto, tal como se abrió.

A

Ella se sentó a mi lado en silencio, sus pies se movían y sus ojos estaban en el fondo de la avenida. Ella tomaba un café con chocolate, yo, pequeños sorbos de la luz que desprendía su mirada. La gente pasaba y le veíamos, la gente murmuraba a nuestro alrededor y el silencio de la tarde se entremezclaba con sus dedos inquietos. Ella estaba vestida de azul, su cabello se dejaba peinar por mis deseos y su piel delicada sentía el calor del sol que caía. Ella estaba tan hermosa como siempre, ella estaba sentada y sus pies sobresalían un poco de la mesilla. Ella estaba en su mundo y yo viajaba por mar tratando de conquistarlo, ella sonreía y el viento azotaba mis velas, ella estaba en un café frente al Pont Neuf, yo escribía mientras la observaba.

B

Su cuerpo descansaba sobre el diván, todo su cuerpo, delicado, fino, casi rectilíneo, etéreo, rígido envuelto en ropas... Su rostro de cabellos largos miraba a través de la ventana, como escapando, como murmurando frases a las aves que jugueteaban fuera. Sus manos delgadas y huesudas tomaron la taza de té con prudencia ígnea, con la luz de color amarillenta y tenue que derramaba la estancia. Ella cruzó dos palillos y sus pies quedaron frente a mí, descalzos, precisos, inmensamente pálidos y precipitados. Ella sonrió un sorbo de calor y desde el diván besó mis labios, yo revoloteaba tratando de entrar traspasando el cristal.

C

Y el viento sopló y resopló, y ella luchaba contra las hojas, contra la nieve que volaba a su alrededor, en remolinos, en rugidos, en embestidas en mitad de la noche. Y su cuerpo se movía al antojo del aire pecaminoso mientras ella batallaba por defenderse, por librarse de sus arremetidas. Ella se marchó con el invierno entre sus piernas, ella escapó con el frío entre sus manos, yo la vi marchar aquella noche de enero, yo la vi llorar en brazos del temporal y loco de celos maldije los bosques donde el aire se convierte en sonata, maldije las nubes que juguetean con los riscos y los matorrales que se dejan seducir entre las corrientes, vociferé en contra de todo, grité su nombre hasta que las hojas de los árboles comenzaron a reverdecer, soñé con verla otra vez, supliqué al cielo y la lluvia hecha fiera, como un arrebato del demonio, me golpeó incansable hasta que se apoderó de mi alma para siempre.

D

Solo encontré un par de papeles sobre el escritorio, estaba todo revuelto y desordenado, solo estaba la lamparita de la mesa encendida y la penumbra inundaba la casa desde la entrada. Busqué entre los cajones, en la estantería, debajo de la cama, en todos sitios sin fruto. No estaba allí, no estaba en su casa, seguro que mi intrusión había sido en vano, el delito de violentar su puerta había sido inútil. Ella estaba lejos, eso lo sabía, ella era inaccesible y obstinada, era tan especial, que no podía ir en su contra o buscarla para exigirle lo que me pertenecía. Ella estaba muy lejos de mí ahora, no puedo saber cómo o dónde, pero de lo que estoy seguro es de que pronto moriré. Ella robó mis entrañas, mi alma, mi aliento, mi corazón y mis ojos. Siento que pronto moriré y soy incapaz de exigirle que me devuelva la vida, soy incapaz de pedirle que vuelva.

E

A eso de las tres de la madrugada su avión tocó tierra. Un vacío de esperanza inundó su estómago y su boca pidió agua como un sarraceno en medio del desierto. La niebla y el frío cubrían la M11 a su paso, el coche salió del tercer anillo y paró por un momento frente al parque Krasnaya. El hielo y los uniformados salpicaban la escena a esas horas. La ciudad estaba iluminada escasamente y el cielo se estrellaba mientras ella pensaba en su destino. Prefirió bajar sola y caminar hasta el Crowne. Por un instante se detuvo a ver el horrendo edificio de concreto, con sus ventanitas pequeñas llenas de recuerdos y desgracias. Tres horas más tarde estaría frente a frente con su enemigo y debía ser precisa, contundente y rápida, efectiva. A las siete cuarenta y cinco estaría entrando por el arco del edificio de la Gobernación, debía identificarse, caminar, subir cinco plantas y entrar en el despacho. Tenía tres minutos para salir antes de que los guardias cerraran el acceso sur. Era sencillo, era un suicidio, era inimaginable, pero de nada debía preocuparse. Ellos arrebataron su vida, su futuro, su presente, ellos eran el motivo de su desgracia, ellos representaban la muerte y debían pagar por ello.

A las ocho en punto se dio la voz de alarma, mientras, ella caminaba calle abajo. Habían asesinado a cinco personas, todo estaba envuelto en caos. Ella solo tenía en sus ojos la visión de un pequeño agonizando en sus brazos, la sangre esparcida por la habitación, los gritos, los silencios.

Ella no sentía, no respiraba, no vivía y la tarde se oscureció bajo sus pies como un río como la lluvia. Ella volvió a casa llena de vacío, con sed, con frío.

F

El frio se apoderó de mis huesos en su ausencia, los convirtió en desecho que los buitres pudieran codiciar, pero escondido en las entrañas de la tierra, solo los gusanos y los bichos se pueden aprovechar de mis miserias. Le di todo a una mujer, se marchó lejos para que nunca pudiera darle caza. Una mujer hermosa, dulce a quien le debo mucho, a quien respeto mucho, a quien adoro aun después del tiempo. Una mujer que se marchó diciéndome que no podía volver ya nunca más. Esa mujer me ha traído a este lugar, esa mujer ha sido mi mundo, a esa mujer la espero, escondido aquí, en mi oscuridad, hasta que algún día su rostro luzca una sonrisa delante de mi puerta.

He estado y no estado, muerto y vivido del recuerdo. He sido criticado, apaleado y despreciado. Ella es mi pensamiento, ella es mi sustento, ella mi sueño. Día y noche sus ojos me hablan y me consuelan, y si creyera en mí, sabría que, sin estar, siempre estoy con ella, sabría que, sin vivir, vivo en ella, que sin ser nada más que lo que soy, soy suyo por siempre.

G

Le tuve miedo, miedo por siglos antes de verme en sus manos, antes de verme en sus ojos reflejado. Miedo a su voz, miedo a sus manos, miedo a su belleza, miedo que sentí y que ahora siento más. Le tuve miedo y ella quitó las manchas de mi alma, miedo y ella apartó todo el dolor de mi interior, miedo y ella estuvo tan cerca que sentí el calor de su respiración.

De ella sentí el miedo y ahora siento su interior. Ella es hermosa, ella es mi perdición.

H

Cuando el cielo se aclaró y la primavera emergió de las gélidas montañas, el viejo ermitaño se dedicó a mirar colina abajo. Hacía ya mucho que no iba por el pueblo, hacía ya mucho tiempo que sus manos no tocaban otras manos. El sol aclaró su vista cansada y el hombre delgado y desgastado inició el camino hacia su antiguo hogar. Pensaba en su familia, en la comida caliente, en una cama ancha y mullida, pensaba en su esposa, en sus hijos.

Justo antes de llegar al paso del río se cruzó con una mujer delgada, de cabellos al sol y sonrisa hermosa. Llevaba un rebaño a las montañas, a pastar por primera vez luego de enviudar durante el invierno. El viejo solitario se acostumbró pues a beber leche y a madurar el queso, el viejo de las montañas nunca más se vio por el pueblo. Nadie sabe de él, nadie habla de él. Se dice que ha robado las cabras que se ven a lo lejos, se dice que la soledad le ha vuelto loco, se dice que hace ya mucho que ha muerto, se dicen tantas cosas que tal vez alguna sea cierta. El viejo ermitaño ve ahora el frío del invierno a través de ojos azules de cielo, de aguas claras entre dedos finos y delicados, ve el sol reflejarse en cabellos dóciles y sonrisas de cristal. El viejo no necesita ya nada más en qué pensar.

I

Le pedí que muriera por mí mientras sus ojos llenos de rabia me miraban fijamente. Le pedí que siguiera adelante hasta el final de todos los finales imaginables, le hablé mientras sus palabras atravesaban mi alma, y en un arrebato, le pedí que hincara sus uñas en mis huesos mientras yo sentía el dolor. Solo el tiempo, solo mi amor, solo sus ojos sabrán cuánto confío en ella, cuánto conozco cada pequeño resquicio y cuánto sacrificio puedo esperar de sus manos de seda, de sus labios de sangre pálida, de su alma de guerra santa, de su mirada.

Ella volvió a mí, niña malcriada, ella se expuso y fue hermosa, ella lloró en su interior creyéndose superada, ella embebida en sangre y luz. Regresó para abofetearme en mi razón, volvió para demostrar su poder, ella volvió a terminar todo lo que debía terminarse. Ella volvió envuelta en gazas, vestida de tierra y sus ojos se fijaron en mí; ella volvió para apretar en su puño, todo aquello por lo que le amaba.

FRANKFURT AM MAIN

Sus ojos reflejaban la claridad, sus manos cuidadas con esmero marcaban su edad, turgente y limpio su rostro apoyaba en la almohada y su torso acomodado para siempre mantener el contacto, tan necesario, tan deseado, se hacía eterno en la tarde.

Acostumbraba a vestir bien, con soltura, siempre cálida. Y aunque su cabello era escaso y fino, sabía llevarlo siempre arreglado y corto, sedoso, con un aroma suave y frío.

No dejé de mirarla hasta que se marchó, el alba se abría paso por entre la niebla y ella caminaba cadenciosa por la terminal con su pequeño bolso color marfil.

Recuerdo verla un miércoles y ya nunca más. Ese día la melancolía se revolvió con la incertidumbre y la rabia. Como siempre, pocas palabras, lanzas que recorren lentamente la distancia entre sus ojos y los míos, la rigidez muscular, el rubor. Y el calor de una tragedia clásica como colofón de un día destinado a ser el último. El ultimo de no sé qué, pues no puedo definir lo que nos hacía tan cercanos y dependientes, no sé por qué entramos en esa dinámica tan perversa, tan inútil, tan fuerte, ardiente.

Su madre me advirtió mil veces sobre Ana, supongo que no supe mirar las piedras que hacían daño a mis pies, supongo que el daño era placentero, delicado entonces, como para instruirme, como para tentar un bocado, un mordisco o la destrucción.

Pero como siempre, el tiempo pasa, pasa sigiloso a nuestro lado sin casi hacerse sentir. Pasa para hacernos daño, pasa para que no podamos olvidar, pasa sin censura.

Nunca espere encontrarla de nuevo y menos en aquel viaje a Frankfurt. Ella se estrelló contra mi espera frente al ascensor de la torre Hispania, donde debía yo entregar las fotografías de Estambul.

Su rostro limpio de ojos abiertos por la sorpresa y su voz que rompió en dos mi alma en aquel instante. La mire y la escudriñe con la mirada, buscando sus rasgos, sus detalles y todos mis recuerdos en un segundo. La miré como para arrancarle el aire, como para entrar en su pecho y salir corriendo con algo entre mis manos.

Llegaba tarde a una reunión con la productora, no pudimos más que darnos un número de teléfono y un qué bueno verte. No hubo más que un instante, una mirada de complicidad alejada en el tiempo, un beso en la mejilla para recordar un olor y una cercanía que ya no existe. Cómo saber por qué suceden las cosas, como saber por qué se dan las casualidades sin que las busquemos, cómo saber quién es ella ahora luego de tanto tiempo.

Me dedicó una sonrisa fresca y desinteresada. Eso sólo es posible cuando se está contento, siempre he sabido que la desdicha crea barreras, una especie de mugre que va cubriendo nuestra piel mientras una rara conjuntivitis va haciendo que nuestros ojos cada vez se vean con menos vida, más cansados. Creo que esa mugre huele porque los demás la notan, se separan y nos rechazan como si se les fuera a contagiar la infelicidad.

Ella, sin embargo, pasó a mi lado tranquila, limpia, empujando el carrito del bebé que dejó en mí una sensación de ternura, de olor a colonia suave, a piel suave, a eso tan extraño que provoca el ver dormir a un bebé.

Su rostro pálido indicaba la dedicación, sus manos suaves de uñas cortas, su aspecto cuidado y vuelvo a repetir, su sonrisa, orgullosa, agradecida de mi mirada. Ella estaba contenta, pero yo no. La última mirada que tuve de mí esa mañana en el espejo no era muy alentadora. Me dolía la cabeza y el rastro de una noche incómoda e insomne se adivinaba en mi mirada nocturna aún, contraída e incómoda.

Esa mañana recibí una llamada de la redacción diciéndome que debía ir a los Alpes. Necesitaban fotografiar un evento de invierno cerca de Chamonix. Cecile algunas veces me telefoneaba para estos trabajos a destajo, no eran mi fuerte, pero supongo que lo hacía por ayudar y por tal vez ahorrarse algo de dinero.

Estoy cansado, veo que día a día se va agotando la paciencia. Esa era una de mis grandes virtudes, la paciencia y se esfuma, no sé si es producto de las pastillas, no sé si es sólo agotamiento, no sé si es la edad o que más, pero podría yo enumerar y enumerar razones, por supuesto sin certeza o base alguna, pero a algo habría que culpar.

Ella me devolvió algo que había perdido, algo que se escapó mientras veía un tren alejarse entre la niebla. Ella estaba llena de vida y su sonrisa, como un sorbo de agua fresca, me recordó la dicha, me recordó que ella por siempre vive en mi interior.

M

La noche del secuestro, ella salió sola porque así lo quiso. Como siempre, yo debía terminar de arreglar el equipo, entregar las cuentas, cerrar todo, y eso a ella no le interesaba, no le importaba para nada. Debía tomar un taxi que la llevaría a casa pasando por la agencia para dejar los vestidos.

Nadie sabe por qué, luego de entregar la maleta, subió a ese coche de color blanco, nadie sabe por qué cambió de planes, estaba cansada, necesitaba una ducha y comer comida de verdad luego de todos estos días de privaciones. Nadie sabe nada y de ella sólo hay una foto fechada y un documento mostrando esta maldita carta que he leído más de un millón de veces sin entender nada. Una carta con instrucciones sobre una radio y un horario para negociar. Una carta con instrucciones de cómo comprar una vaca, un caballo, de cómo pagar por un objeto.

Ella sabrá cómo actuar sin perderlo todo. Ella estará bien si el tiempo lo exige. Yo debo mirarla a la cara de nuevo, debo saber cómo acabar con este infierno.

N

Cuélgate desquiciada de la luna, que hoy, como una daga de plata entre nubes y oscuridad, la noche muestra su filo de luz, de hielo. Luna Turca, querida mía.

O

Sintiendo el peso de mis errores, de las miserias que me acompañan, de los fantasmas que me asustan, del dolor de mi cuerpo, ésta noche me acerco a ti para pedirte un soplo de vida. He observado tu mundo, el andar de tu cuerpo, la expresión de tu rostro y convencido de tus diferencias con mi desdicha, vengo a tu encuentro. Sé que algo he de dar a cambio, faltaría más... Y de entre todos mis bienes, no sin dificultad, he tomado un recuerdo para brindarlo a ti, mi esperanza. Espero sea suficiente ante mi osada petición, ante mi atrevimiento. Espero no sea una ofensa rogar y pueda obtener ese hilo de vida que he perdido, ese líquido que humecta el alma, que deviene en lágrimas ante la hermosura, ante la grandeza, ese rayo de luz que separa a los vivos de los muertos. Dejo aquí pues mi ofrenda, dejo a tus pies, el recuerdo de la primera vez que miré la oscuridad y encontré tus ojos, ojos profundos y lejanos, empapados de esperanza.

P

Desencadenando los eventos, el tiempo se comporta como una partícula. Los choques continuos entre recuerdos, provocan que la realidad sea disparada en direcciones aleatorias en función de la conservación de la energía y la acción y reacción. Estos choques provocan etéreos anillos de luz, perceptibles solo por receptores altamente especializados. Sin embargo, la belleza es capaz de elevar la temperatura al crear campos gravitatorios suficientemente potentes para acercar las moléculas y aumentar su coeficiente de roce. La temperatura y la luz, viajan a la máxima velocidad posible y llegan a mí modificando esa percepción del cosmos, del mundo donde Ella es la materia, el espacio y el tiempo.

Q

Perdí mi tren y la mitad de mi vida, perdí mi trabajo y algunos de mis amigos. La encontré al fin y ella está de vuelta.

Quiero tomar sus manos y sentir su piel suave, quiero que sepa que es única, que la necesito. Quiero tomar su pelo y hacer un nudo fuerte para que no escape, para que sepa que su vida es suya, su destino es suyo, sus convicciones y sus errores suyos; que su corazón es suyo, tanto como yo soy suyo.

R

Cierto día, una niña de ojos dulces como la miel, miró al cielo. Una hermosa luz inundaba todo como no habría más. Su corazón se llenó de gozo, de admiración; brillante y grande aquella estrella en la oscuridad, parecía eterna, inaccesible. La observó durante minutos, durante horas sin apenas parpadear, sin apenas respirar. Sus manos frías sostenían un rostro cautivado y expectante. La niña le habló de sus sueños, de sus deseos, esperó respuesta, espero sin más, pero la luz de la estrella, a pesar de todo, no hacía más que brillar, nada más que brillar.

Tras muchas interrogantes, llegó el amanecer. Vertiginoso baile de luces y colores, apocalipsis de la oscuridad y de la luz de aquella estrella. Sus ojos siguieron en balde mirando el firmamento, su cuerpo inmóvil esperó minutos, esperó por horas. Entendió pues, que el tiempo se encarga siempre de hacernos perder lo que amamos, lo que admiramos.

Sumida en una enorme nostalgia, la niña cerró sus ojos para siempre. Se escondió de todo y de todos quienes le habían visto observar, atónita aquella estrella que ya ahora no existía más. Sus palabras dejaron de brotar y sus ojos oscurecieron sin más.

Era apenas mediodía y la niña de ojos dulces sufría el dolor de la oscuridad.

La niña de ojos oscuros, perdió el apetito, perdió la voluntad, perdió el tiempo y enfermó. Su rostro comenzó a cambiar, sus cabellos de color, su especial forma de hablar. Cambió su pensamiento y su forma de mirar, se encontró con el tiempo y la hizo cambiar.

Cierto día, sin más, la niña miró al cielo en la oscuridad, ya nada era igual, ya nada se parecía ni se veía igual. Miró al cielo y la estrella ya no lo era más, miró muy dentro y no encontró nada más, detuvo su

paso y el camino no existió más.

La niña no existe ya, la estrella no existe ya, la noche no existe ya.

Cierto día, una hermosa mujer paso a mi lado. Su presencia parecía eterna, su piel tersa y suave en la distancia. Sus ojos brillaban como la luz del sol, pero sus manos eran frías como el fondo del mar.

No supe resistirme y la observé durante minutos, durante horas. Apenas la conocía, pero le hable de mis sueños, de mis fantasías. Sus labios sonrieron para mí, pero yo solo vi la luz brillar, sólo brillar.

Adoré a esa luz sin tenerla, la admiré desde la oscuridad. Lo hice sin saber, lo hice sin más. En ese instante, el tiempo ya no existió más.

S

El día está lluvioso, como lo estuvo ayer, y como supongo lo estará mañana cuando piense en ella. Sus manos suaves bailarán con el viento tan lejos de mí como está la claridad del día, la fortuna, la libertad. Ella abrirá sus alas y volará tan lejos como sea posible, lejos de mí y de mis cosas, ella partirá y se alejará hasta que sus fuerzas se desvanezcan por completo. Y entonces, como por un error, ella se verá reflejada en mis ojos, que como un manantial en medio de la nada, le esperarán para ofrecerle de beber. Ella volverá cuando el cielo deje de llover, ella volverá cuando mis manos dejen de llorar.

AGRADECIMIENTOS

A Mau y a Goyo, por su complicidad.
A Sam, por su paciencia y comprensión.